

Señor Rector Magnífico de la Universidad de Sevilla,
vicerrectores y vicerrectoras, decanos y directores,
miembros del Claustro Universitario,
excelentísimas e ilustrísimas autoridades,
Personal docente, estudiantes y personal de administración y
servicios, Señoras y señores, Querido Iñaki:

Debo comenzar esta *laudatio* expresando mi agradecimiento a la Junta de la Facultad de Comunicación, así como al Claustro de la Universidad de Sevilla, por haber apoyado decididamente la propuesta de reconocimiento académico como Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Sevilla del insigne periodista Don José Ignacio Gabilondo Pujol. Al mismo tiempo quiero manifestar mi gratitud al Decanato y a la Junta de la Facultad de Comunicación por el privilegio que me han concedido al encomendarme realizar su elogio.

Por supuesto, es para mí un honor inmerecido apadrinar la investidura como *Doctor Honoris Causa* de Iñaki Gabilondo, uno de los profesionales más reconocidos en el ámbito de la comunicación de nuestro país, quien ha observado siempre, desde atalayas informativas privilegiadas, los momentos más cruciales de nuestra historia más reciente, siempre como segunda voz y nunca como testigo mudo ni como protagonista que roba espacio a la vida. Maestro de periodistas, profesional honesto e independiente, un claro referente para nuestros alumnos y alumnas.

El 9 de enero de 1995, Iñaki Gabilondo ya sospechaba que aquella sería la entrevista más dura de toda su trayectoria profesional y posiblemente Felipe González en ese momento no llegó a entender su significado en todas sus dimensiones. Cuando Iñaki lo cuenta, le gusta verlo gráficamente. Él, sentado en un plató de TVE, a un metro de distancia de un presidente de gobierno, en un momento de tensión y de crispación que hacía temblar al país. Una entrevista en directo. La entrevista.

Él lo dice de manera muy simplificada: El invitado, tú y el reloj. Tres sentados a la misma mesa con un solo tema a tratar: la oscura verdad de la guerra sucia contra el terrorismo. Obviamente, fue una entrevista incómoda, previsible y única. Al otro lado de la pantalla, el cuarto protagonista: cerca de ocho millones de telespectadores que vieron el programa en directo aquella noche.

Iñaki, tras una breve introducción, sin papales, pregunta: “¿Organizó usted el GAL, señor González?” Como no le satisface la respuesta, lo intenta con una segunda pregunta: “¿Utilizó usted la guerra sucia contra ETA?” Como tampoco le es válida la respuesta, vuelve a preguntar buscando otro ángulo: “¿Toleró usted en algún momento eso porque le estaba resultando útil a la guerra...?” Aquella primera pregunta, como escribieron Carmelo y Martín Rivero Ferrera, pasó “a formar parte de la memoria del periodismo de este país”.

El encargo para realizar aquella entrevista le pilló a Iñaki de viaje en Nueva York. Entonces, él no trabajaba en TVE. Dijo que sí. Y firmó un contrato para cinco entrevistas con políticos de primer nivel, pero exigió que se anunciara todo el ciclo a la vez. Los entrevistados fueron Felipe, Aznar, Anguita, Pujol y Arzalluz. El ciclo se titulaba “Entrevista con...” y se llevaría a cabo en un plató de Torrespaña. La duración quedó establecida en media hora con la condición de programarlas en horario de máxima audiencia.

La entrevista con Felipe se emitió en directo inmediatamente después del Telediario: a las 21.30. Aquella noche, el Telediario, que dura media hora, dedicó veinte minutos al tema GAL. Alfredo Pérez Rubalcaba intentó contactar telefónicamente con Iñaki para ultimar los detalles de la entrevista. Pero nunca llegó a supervisar el guión, porque no existía. Iñaki preguntó sin papeles, como es habitual en él. No escribe. González llegó a TVE a las 20.50 y pasó a la sala de maquillaje.

Iñaki fue directamente de su casa a TVE. Antes no habló con nadie. Ni con Felipe. Entró a la sala de maquillaje y de allí lo trasladaron a la sala de relaciones públicas. Felipe e Iñaki se saludaron. El presidente estaba acompañado por Alfredo Pérez Rubalcaba y el director general del Ente Público, Jordi García Candau. Ambos no pronunciaron una palabra y se pusieron a ver el telediario.

A las 21.20 el regidor les pidió que pasaran al plató. En el pasillo, Felipe pregunta a Iñaki: “¿Va a haber algo más que el GAL?” Iñaki le responde: “Depende de la velocidad con que respondas”. En el plató les esperaba una nube de cien fotógrafos en un ambiente de tensión que se podía mascar. Allí estaban, frente a frente, ante una pequeña mesa. Afuera, medio país pendiente de ellos.

En origen, el objetivo de la entrevista no es que fuera monográfica para hablar del GAL, pero para Iñaki no había otro argumento central. La realidad se derramaba por doquier. Más allá de alcanzar la máxima audiencia, también atrapó la atención de la prensa y la radio. Iñaki confió hasta el último minuto en la posibilidad de que González admitiera cierto grado de responsabilidad política en aquellos hechos. Hoy lo sigue pensando.

Y sigue pensando que fue un error que no dimitiera. No como culpable de los hechos, sino como responsable de aquella situación crítica que dividía al país y erosionaba a la sociedad.

En ningún momento se propuso ser demoledor ni inquisidor, ni que aquel diálogo se transformara en un interrogatorio, en un tercer grado, pero sí mostrar, ante todos los espectadores, que se trataba de un juego limpio, donde no se podía poner en duda su honestidad e independencia en un momento tan crucial en la historia de España.

Algunos periodistas entienden la entrevista como un modelo inamovible cuyo formulario se puede aplicar sin apenas variaciones a cualquier entrevistado. O son siempre agresivas o son siempre blandas. Para Gabilondo, el género exige un planteamiento diferente según el caso y el protagonista. No hay modelos fijos ni fórmulas que certifiquen su éxito. Buena parte de los manuales de Redacción Periodística, cuando abordan la entrevista, proponen iniciar la conversación con preguntas ramplonas y bien intencionadas, esperando que así el interlocutor se relaje para clavarle la daga en el menor descuido.

La periodista italiana Oriana Fallaci, que fue la mejor entrevistadora de prensa escrita del siglo pasado, nunca hizo caso a estos manuales, de manera que cabreó a los presidentes de gobierno de medio mundo desde la primera pregunta. Iñaki siguió la estela de Oriana y desde la primera pregunta también contuvo la respiración a medio país.

Tanto Iñaki como Felipe sabían que aquella sería una entrevista diferente. Iñaki preveía que si su entrevistado respondía en corto, todo sería un éxito. En caso contrario, sería una entrevista fallida. Las preguntas debían estar dirigidas como disparos de cañón para que el entrevistado no se le escurriera a su antojo. Él sabía que Felipe es de discurso largo y que el tema era pura dinamita para él en aquel momento. Sabía que intentaría romperle la entrevista para que no cupieran en el diálogo más de cinco preguntas.

Pero Iñaki se había entrenado para evitar las respuestas soporíferas y vacías de contenido. Cuando la entrevista terminó, fueron al despacho de García Candau. Iñaki se tomó media cerveza y se despidió de Felipe, Rubalcaba y García Candau. Al día siguiente tenía que madrugar para ir a la radio.

La relación entre ambos no se deterioró después de aquel encuentro. Iñaki sabía de Felipe desde la clandestinidad, cuando le llamaban Isidoro. Y Felipe también sabía de Iñaki. El periodista vasco le ha hecho más de setenta entrevistas, pero una sola vez fue invitado a la Moncloa. Cuando Felipe dejó de ser presidente, visitó un día la cadena SER para ser entrevistado de nuevo. Entonces, Felipe le dijo: “Iñaki, tú y yo tenemos pendientes una larguísima conversación. Nos conocemos desde hace treinta años y nunca hemos hablado”.

Un día Felipe le llamó y se vieron en Pozuelo de Alarcón. Algún día conoceremos —quién sabe— el contenido de aquella conversación. La relación siguió siendo cordial pero con un final siempre crítico. Iñaki confiesa que nunca fueron a comer solos. Siempre le gustó mantener la distancia con los políticos.

Años después, en 2006, Gabilondo recopiló en un libro 64 de sus muchas entrevistas con políticos, escritores, actores, músicos o cantantes. En el volumen incluía solo ocho entrevistas con Felipe González. La entrevista que abre el volumen es la entrevista de la que hablamos.

Me llamó la atención el título que encabezaba el texto: “Felipe González: ‘¿Organizó, autorizó o toleró usted la guerra sucia del GAL?’” Para mi sorpresa era la primera vez que leía una entrevista que no estaba encabezada con la respuesta del entrevistado, sino con la pregunta del propio periodista. Más extraño aún en Iñaki, que siempre dijo que la voz del periodista es la segunda voz. ¿Una anomalía, una innovación, una metedura de pata?

La literatura científica sobre el tema, a la que he dedicado media vida, es muy precisa al respecto. El título de la entrevista contiene dos elementos. De una parte, el tema: nombre del entrevistado. De otra parte, el rema: palabra o palabras, frase o expresión, que definen el perfil del personaje retratado o bien alguna frase suya entrecomillada que nos acerca a su perfil o al contenido del texto.

En lingüística, la expresión tema y rema, o tópico y comentario, presuposición y foco (utilizada por Noam Chomsky) o soporte y aporte (utilizada por Vance Mendenhall y tomada por Salvador Gutiérrez Ordóñez) hace referencia a la dicotomía entre el tema, que es la parte general de lo que se habla y de la que se supone un conocimiento previo por parte de los interlocutores, y el rema, que es lo que se dice del tema aportando información nueva.

Aunque en general se acepta universalmente como buena esta dicotomía de la información lingüística de una oración, sus detalles presentan importantes diferencias entre diversos autores en las que, por supuesto, no vamos a entrar.

En este libro, estas 64 entrevistas, estaban encabezadas con títulos que contenían las dos fórmulas reseñadas. Pero guardaba una sorpresa. Lo que no es usual, sino muy excepcional, es titular una entrevista con la pregunta del propio periodista. Como hizo Iñaki con la entrevista mencionada: “Felipe González: ‘¿Organizó, autorizó o toleró usted la guerra social del GAL?’”

Es decir, el título era la fusión de las tres primeras preguntas en una sola frase. Se lo digo a Iñaki: “No sé si conscientemente, pero has inventado una nueva modalidad para titular entrevistas periodísticas”. Y él responde con sorna: “Fue una modalidad afortunada”.

Efectivamente, el título fue intencionado y certero. La pregunta nace de la duda. La pregunta es una de las herramientas con que cuenta el periodista para desenmascarar la realidad. Pero la pregunta, a veces, no obtiene respuesta o bien la respuesta es incorrecta o vacía. La entrevista se desarrolló a una velocidad de vértigo. Y él dice: “Yo nunca he creído que el periodista es el protagonista de nada”. Pero aquel día —añade— “fue así. No podía ser de otro modo”. Iñaki piensa que Felipe se equivocó en sus respuestas.

La pregunta, para cualquier periodista, no puede nunca ser más importante o trascendente que la respuesta, salvo que la respuesta, sin pretensión, se convierta en el símbolo de una palpitación. La pregunta es la prueba o el indicio si no hay respuesta, la única luz si la oscuridad no abre otro discurso u otra línea de investigación.

Una entrevista que fue única y diferente, la entrevista, como la denominó Carmelo Martín, o una entrevista histórica, como la calificó Eduardo Haro Tecglen, estaba condenada a vivir una segunda vida en el papel impreso, a estar encabezada por un título diferente, una pregunta que arrastra todavía hoy una de las más enigmáticas incógnitas de nuestra transición democrática.

El libro que contiene esta entrevista se publicó con el título *Testigo de la historia*, tal vez emulando, sin pretenderlo, otro título, *Entrevista con la Historia*, de Oriana Fallaci. Porque, efectivamente, este periodista vasco, que un día se enamoró de Andalucía, es consciente del papel trascendental que le tocó vivir, un destino inevitable que siempre le puso los pies en una atalaya informativa para dar fe de que así sucedió, testigo de un tiempo difícil que nos ha traído aquí donde ahora estamos.

No fue consciente hasta años más tarde, cuando pudo comprobar que los hitos más trascendentes de los últimos cincuenta años le habían pillado con la edad exacta y en primera fila del palco de honor para narrar al país los hechos históricos en los que se veía involucrado.

Iñaki vive la época de los Beatles con 22 años, es decir, con la misma edad de los Beatles. Vive el Mayo del 68 en París con 25 años, donde concibe a su primer hijo. El juicio de Burgos le sorprende dirigiendo Radio San Sebastián. Cuando muere Franco, dirige Radio Sevilla —paradójicamente la radio de Queipo de Llano—, tiene 33 años y tres hijos. Es de los pocos ciudadanos de este país que ve en directo la intentona del golpe de Estado del 23-F. Informa, amenazado, de una cantidad no cuantificada de atentados de ETA, pero también de su tregua y del fin de esta banda terrorista.

Tuvo la oportunidad única y reincidente de ver y vivir la realidad más reciente de este país siempre desde primera fila en plataformas privilegiadas. Igual le ocurrió con la caída del Muro de Berlín o con los atentados de Atocha del 11-M. Tal vez por esa razón, él se define así: “De profesión, contemporáneo”.

Pero de todos los acontecimientos expuestos con anterioridad serán los hechos acaecidos el 23-F con la intentona de golpe de Estado el que defina su perfil y dé un giro a su trayectoria profesional. En los días convulsos de 1980 y 1981 España solo contaba con una televisión. Como escribe Carmelo Martín, el país vivía dominado por el síndrome de un cataclismo tras otro:

“Era todavía una democracia frágil y abatible, con tan solo tres años de edad, que despertaba aquellos días sobresaltada por continuas amenazas desestabilizadoras. Un día mataba ETA y otro lo hacía el Batallón Vasco Español. Un día, el presidente Suárez superaba una moción de censura y otro dimitía asediado por las tensiones de su propio partido y las intrigas de la ultraderecha”.

Hasta que asomó en las pantallas del televisor de todos los hogares de España un guardia civil pistola en mano disparando en mitad del Congreso de los Diputados.

Gabilondo había abandonado la SER y había aceptado la dirección de los Servicios Informativos de Televisión Española por 300.000 pesetas mensuales, solo 10.000 más de lo que ganaba en la cadena de radio. El periodista recuerda aquellos meses como “los más volcánicos de la historia de la transición”. Nada más llegar al Ente Público, dimite Suárez.

El día que lo hace, va a la Moncloa a las 15.30 de la tarde y vuelve a su casa con el discurso de despedida del aún todavía presidente y que TVE emitirá esa misma noche: a las 19.40 del 29 de enero de 1981. La programación fue interrumpida con este rótulo: “Declaración del presidente del Gobierno”. Solo doce minutos para dejar de ser presidente.

La oscura muerte del etarra José Arregui Izaguirre, después de nueve días de detención policial, ocurrió el 13 de febrero de 1981 en el hospital penitenciario de la cárcel de Carabanchel, en Madrid. TVE fue el primer medio en dar la noticia. Unos días después, el 23 del mismo mes, el teniente coronel Tejero toma el Congreso de los Diputados con unos 200 guardias civiles, cuando se votaba la investidura de Leopoldo Calvo-Sotelo.

Cuenta Iñaki que los directivos de televisión disponían de monitores de conexión con las grabaciones y en aquel momento eran los únicos fuera del hemiciclo con acceso al desarrollo en directo del golpe de Estado. Las imágenes no estaban saliendo al aire. Solo circulaban por la red interior a la espera de ser editadas y emitidas. Dice Iñaki que lo vio todo en directo hasta que la cámara dejó de emitir.

Fue después cuando fue consciente de que había sido uno de los pocos españoles que vio aquel momento del golpe de Estado fuera del Congreso, y eso le ponía los pelos de punta. Oía disparos, pero no sabía nada más. Vio la escena con Suárez y con Gutiérrez Mellado con un nudo en la garganta. Durante dos horas y media, el material grabado con las imágenes del Congreso lo guardaron en sitio seguro: en el sillón de Castedo y Castedo sentado en él.

Eran las 19.48 cuando dos unidades acorazadas del Ejército, con nueve *jeeps*, dos blindados y 35 hombres se apoderaron de Prado del Rey.

Las órdenes eran taxativas: música militar en la radio pública y nada de información en televisión. A Iñaki lo encerraron en su despacho. Cuando los militares se van, Iñaki acude al despacho de Fernando Castedo. Elaboraron con prisas un comunicado. Después entró en Redacción, se subió a una mesa y dijo que había que acabar con los documentales que estaban emitiendo. Advirtió que desconocía el riesgo que aquello comportaba y que iba a bajar al estudio a leer aquella nota.

En el pie de imagen se podía leer: “Iñaki Gabilondo, director de Informativos”. Aquella fue la primera vez que Gabilondo, aunque sin maquillar, se asomó a los micrófonos de televisión. Aquella noche nació también el periodista que hoy todos conocemos. Dirá adiós a los cargos directivos para asomarse al micrófono con los oyentes.

Esa misma noche el Rey habló a todos los españoles. Cuando llegan las cintas a Prado del Rey, Iñaki entra en antena para decir solamente: “Señoras, señores, les habla el Rey”. Él dice: “Eso es histórico para mí”. La grabación de La Zarzuela se realizó a medianoche. Don Juan Carlos grabó dos mensajes como medida precautoria. Jesús Picatoste llevó a Prado del Rey la caja de hojalata que contenía los rollos con las dos grabaciones. El subdirector de Informativos, Pedro Erquicia, cubrió el mismo trayecto en otro coche.

Ninguno viajó en el furgón de la unidad móvil de TVE para no ser interceptados. Los rollos llegaron sin novedad y la grabación se emitió pocos minutos después de la una de la madrugada.

Reconoce que el material informativo del 23-F es el mejor que nunca ha tenido en sus manos y el mejor que nunca tendrá. Aquellos instantes no solo le sirvieron para debutar ante las cámaras, sino que aprendió, como cuenta en *Ciudadano en Gran Vía*, que “más importante que la información es la vida”. Aquella noche de vigilia informativa se la denominó *la noche de los transistores*.

Pero la radio nueva que había dejado atrás a las abuelas y los concursos y había optado por la información comprometida no nació el 23-F. Lo hizo antes. Pero aquellas horas de incertidumbre fueron cruciales para hacer explotar un futuro que todavía no estaba escrito. O mejor dicho: aún no estaba radiado.

Los cinco meses en TVE dejaron en él una huella indeleble. Pasó del reconocimiento al paro. Las últimas semanas en el Ente Público las pasó presentando, de lunes a viernes, el telediario de las nueve de la noche, con altas audiencias. El presidente Calvo-Sotelo pidió a Fernando Castedo la dimisión de Gabilondo. Era el precio que tenía que pagar por su debut en televisión la noche del 23-F. La oposición política y las centrales sindicales reivindicaron el espíritu de libertad de aquel telediario que duró solo un mes y un día.

Pensó que lo llamaría la SER. Pero no fue así. El 11 de julio murió Maite, su mujer. Y se vio solo, con tres hijos y sin trabajo.

Se refugió en *Cambio 16* hasta que Eugenio Fontán lo llamó de nuevo desde la SER para ofrecerle un cargo directivo, pero Iñaki había cambiado. No quería ni cargo, ni despacho ni secretaria. Solo pedía un micrófono para asomarse al mundo y contar la vida. En 1983 debuta, con cuarenta años, por segunda vez en la radio, ahora con un programa propio. Sabía que ese era su lugar.

Había comenzado su carrera profesional al revés, me dice; es decir, como directivo, no como locutor. Ahora se trataba de darle la vuelta al currículum. Licenciado en Periodismo por la Universidad de Navarra, a los 26 años fue nombrado director de la COPE de San Sebastián y al año siguiente pasó a la SER como director de la emisora en la misma ciudad. En 1971 asumió la dirección de Radio Sevilla.

Sevilla cambia su vida por completo. Un cambio imprevisto. Vino a sustituir a Manuel Alonso Vicedo, muerto en accidente de coche. Radio Sevilla era la tercera emisora de más peso de la SER, una emisora que arrastraba el lastre del general Queipo de Llano. Viene con mujer y tres hijos. Aquí en el Sur descubre el paganismo y la sensualidad. Fue la etapa más intensa de su vida. Ha dicho siempre que nunca perdió ni un gramo de su condición de vasco, pero que adquirió también una nueva condición de andaluz.

Le esperaba una Sevilla institucional que detestó. Una tierra donde prevalecía un feudalismo que él nunca había conocido personalmente y que creía extinguido para siempre, un mundo patriarcal y autoritario que se disponía a morir, sin saberlo, con un régimen que agonizaba.

Esa España que él solo había visto en el cine la tenía representada ante él. Sevilla además era la ciudad natal del director general de la SER, Eugenio Fontán, y aquellos que custodiaban la ciudad eran sus amigos. Pero Fontán le echó una mano hasta donde pudo y, muerto Franco, le enderezó el destino fuera de la ciudad.

El primer mes en Sevilla lo dedicó por la mañana a hacer radio y por la tarde iba siempre a un pueblo distinto para contar treinta historias. Jamás concibió su trabajo sin el contacto con la gente. No vio la tópica Andalucía de charanga que se vendía por todas partes, sino a un pueblo herido que le costaba hacerse a sus problemas. Iñaki inició entonces una línea de trabajo comprometida con esta tierra, ese mensaje donde lo doliente y lo hermoso tendrán cabida.

Le sorprendió el orgullo herido del pueblo andaluz. Cuando vio la vega de Carmona —lo ha contado tantas veces— no podía entender cómo iban a su tierra inmigrantes huyendo de aquel vergel. Y cuando los locutores castellanizaban su andaluz con tono mayestático, él les decía que hablaran como lo hacían habitualmente en sus vidas.

Y comenzó con los cambios imposibles. Para tal empresa ideó un eslogan que todos recordamos: “Andalucía es una tierra grande, hermosa, vieja y sabia. Siéntase orgulloso de ser andaluz”.

Frente a aquella Sevilla del régimen, Iñaki encontró una alianza firme en Federico Villagrán, director de *El Correo de Andalucía*. Y por la SER comenzaron a desfilar Rojas Marcos, Rafael Escuredo, Isidoro Moreno, Antonio Burgos. Quería cambiar aquella radio y borrar la leyenda negra del general Queipo. De hecho, en la emisora se conservaba todavía la foto del general con el micrófono de Radio Sevilla. Cuando los fusilamientos de septiembre de 1975, decidió no mandar los micrófonos de Radio Sevilla.

En el balcón del Ayuntamiento, estaban todos los micrófonos de los medios. El gobernador Leiva Rey buscó el de Radio Sevilla y dijo: “Falta Radio Moscú”. Desde entonces se convirtió en una referencia para quienes ya estaban dispuestos a enterrar la dictadura. No solo eso. En 1973, con motivo del Año Internacional de la Mujer, la SER hizo uno de los primeros programas feministas en la radio. Los viejos patriarcas feudales no lo querían. Lo querían echar y, muerto Franco, lo echaron.

Amó de esta tierra su luz y sus gentes, pero también quedó fascinado por el flamenco. La SER contaba con un programa semanal: *La tertulia flamenca*. Allí estaban Antonio Mairena y Rafael Belmonte, entre otros.

Antes de que comenzara a ir a festivales con Mairena y Enrique *El Cojo*, tampoco los flamencos sabían qué suerte correrían con aquel periodista que había puesto patas arriba la emisora. Iñaki cuenta que ellos dirían: “No sabemos si con este director vasco nos van a dar mil duros o un guitarrazo en la cabeza”. Pero muy pronto le sedujo el embrujo de aquel arte y apoyó decididamente *La tertulia flamenca*.

Por allí pasaron Matilde Coral, Chano Lobato o Fosforito, entre otros muchos. Dice que él era un “bárbaro venido de tierras brumosas” que tuvo el privilegio de sentarse en una silla de enea para descifrar e interiorizar los cantes, bailes y toques de estos artistas andaluces. Pronto aprendió a distinguir cada palo y a quedarse ensimismado con ese duende o ángel o misterio que esconde en sus entrañas el flamenco.

También lo captó la Semana Santa de Sevilla. En aquellos años, iba a trabajar por las mañanas y dormía en el hospital, donde su esposa Maite, que estaba ingresada, había empeorado su estado de salud. Como director de Radio Sevilla, Iñaki enviaba flores a las hermandades, pero aquel lunes santo envió a cada hermandad una rosa roja con una tarjeta que decía: “Pedid por Maite”.

El hermano mayor de la Hermandad de Santa Marta colocó aquella rosa en un lugar visible del paso, sobre un monte de lirios morados, debajo de la mano derecha del Cristo de la Caridad, de tal manera que simula una gota de sangre que florece.

Al año siguiente él no envió rosas. Ya no estaba en Sevilla. Pero aquella flor que procesionó el Lunes Santo, a favor del restablecimiento de Maite, se convirtió en toda una tradición. De hecho, todavía sale a la calle cada Semana Santa y las cámaras de televisión apuntan con sus objetivos para captar y emitir el momento. Se la conoce como la flor de Iñaki.

Pero Iñaki me cuenta que conoció esta historia veinte años después. Un día le llamó Antonio Burgos. Y le preguntó: “¿Se puede contar la historia de tu rosa?” Y él, sin saber, le dijo: “No sé cuál es la historia de mi rosa, Antonio”. Las viejas tradiciones nacen en ocasiones, quién lo diría, de gestos pequeños. Antonio Burgos escribió: “A veces son los vascos quienes, ganados por Sevilla, forjan nuestras más bellas leyendas”.

Hacía referencia, claro, a otro vasco que tuvo mucho que ver con el origen de la Feria en nuestra ciudad. Desde entonces, Iñaki envía cada Lunes Santo un ramo de rosas rojas a la Hermandad de Santa Marta. Años más tarde, cuando la imagen del Cristo volvió a la capilla de San Andrés, la Hermandad le invitó a estar solo en la iglesia cuando la imagen entraba en el templo y la banda de música interpretaba el *Adagio* de Albinoni.

Pero la carrera profesional y vital de Iñaki seguirá caminos entonces inescrutables ya fuera de Sevilla. En 1978 abandona la SER y se pasa a RTVE como director de los Servicios Informativos de Televisión Española.

Fue en esa etapa cuando vivió el intento del golpe de Estado del 23-F y su debut como presentador del telediario de noche.

Ahora, con una experiencia de más de 52 años en el sector audiovisual, Gabilondo se ha convertido en una referencia indiscutible de la radio española. *Hoy por Hoy* de la Cadena SER, que creó y dirigió durante 20 años, batió récords y se convirtió en el programa más escuchado de la historia de la radio con más de 3.300.000 oyentes diarios.

Su experiencia televisiva no se limita solo al periodo profesional desarrollado en RTVE y Radio Televisión 16, ya que posteriormente ha compaginado su labor en la SER con numerosos programas televisivos en diversas cadenas: *En Familia* (TVE), *Iñaki, los jueves* (Forta), *Gente de Primera* (TVE) e Informativos de Tele 5. En 2005 se unió al proyecto de Cuatro, y posteriormente a CNN+, donde dirigió el informativo nocturno *Hoy*.

Ha sido reconocido con los premios más importantes de periodismo: Ortega y Gasset, Cerecedo, Asociación de la Prensa, Club Internacional de Prensa de Periodistas Europeos, Medalla Gandhi de la UNESCO, Miguel Delibes, y siete premios ONDAS, entre otros. Es Doctor *Honoris Causa* por las Universidades de Valencia, Lleida, Burgos, Rey Juan Carlos I de Madrid, Internacional Menéndez Pelayo y ahora también de Sevilla.

Recuerda con cierta nostalgia también cuando recibió en Monterrey, en 2008, de manos de Gabriel García Márquez el Premio de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), entidad creada y presidida entonces por el premio Nobel de Literatura. Era, además, el primer profesional de la radio que alcanzaba esta distinción. El jurado valoró la "excelencia" profesional de Gabilondo, al que consideraba "uno de los periodistas más respetados" y "un verdadero líder de opinión". Jean-François Fogel, miembro del consejo rector que otorga el premio en la modalidad de homenaje, dijo que "es el gran profesional de las entrevistas", elogió su manera de explicar la relación entre la política y la sociedad y su contribución para "ayudar a una nación a ubicarse en la democracia".

Gabilondo recuerda también que la entrega de aquellos premios duró, como algunas fiestas patronales, una semana. Iñaki siempre vio a Gabo con mucha fascinación y le sorprendió sobre todo que las cenas duraran, con sus copas, hasta las tres de la mañana porque el escritor colombiano se sabía todas las rancheras y se pasaba las horas cantando con los mariachis y los jóvenes que asediaban el lugar.

En la actualidad, además de colaborar todas las mañanas con su comentario en el programa de la Cadena SER *Hoy por Hoy*, desarrolla su videoblog *La Firma de Iñaki Gabilondo* para *El País* y la Cadena SER, presenta en el Canal #0 de Movistar + *Cuando ya no esté*, un espacio de entrevistas sobre el mundo dentro de 25

años con personalidades internacionales de la ciencia, la tecnología y el conocimiento.

Este periodista vasco no solo es el mejor entrevistador en directo y sin papeles. Lola Carretero, su mujer, dice que va sin papeles por la profesión porque se maneja entre papeles en la vida. Tampoco escribe sus comentarios, que son dardos certeros que siempre dan en el corazón de la diana. Solo cuando aborda un tema más técnico o complejo, escribe unas líneas de apoyo.

Aunque no hay titulares en la radio, él tiene muy pendiente siempre el arranque y el final. Desarrolla el tema partiendo de un titular que es la columna vertebral que desarrolla sintéticamente con una estructura muy bien marcada y, desde la primera línea, piensa ya en el párrafo final. Algunos de estos comentarios los ha reunido en el volumen *Verdades como puños*, publicado en 2010.

Gabilondo no es solo el nombre y apellido de este periodista. También representa una marca, una patente, el seudónimo de un equipo de profesionales de primer nivel que aprendieron durante todos estos años a trabajar de manera muy coral con protocolos de actuación muy medidos para poder movilizarse en momentos críticos cuando la noticia estalla en ese instante y hace añicos la programación del día.

Su libro *El fin de una época* es una reflexión lúcida sobre la profesión. Su teoría del periodismo se sustenta sobre cuatro patas bien firmes. O mejor dicho, sobre cuatro ces: conocer, confirmar, comprender y contar...

Entiende que el periodista tenga una ideología no pone en tela de juicio su honestidad. Para él, la entrevista en directo es un juego muy serio que tiene mucho que ver con la esgrima y el ajedrez. Un género en el que el único truco consiste en saber mirar y ver, oír y escuchar. De ahí que él no lleve papeles.

Para él, la obligación del periodista es quedarse de guardia mientras los demás se van a trabajar o a buscar trabajo. Le causa estupor el relato de la complejidad porque no sabe cómo se cuenta. Por eso quizás, piensa, caminamos hacia la propaganda, que es el lenguaje de la simplificación de las cosas complejas. Desde su primer día en la profesión, su compromiso fue decir con honestidad lo que cree y tratar de transmitir con diáfana claridad la diferencia entre lo que sabe y lo que le parece.

Piensa que Internet no tiene ningún porvenir si sus contenidos no los avalan el rigor y la credibilidad. Y advierte de que “el enemigo mayor de la profesión llegará el día en que a la sociedad no le haga falta el periodismo”. Pero es consciente también de dónde estamos: “Hay un mundo”, ha escrito, “que se está muriendo, de eso no hay duda, y muchos moriremos con él”. Pero para él, la mayor amenaza para la libertad de expresión es el paro y el subempleo en la profesión. Y sobre todo, que el periodista debe desconfiar del poder, de los poderes, de su propio poder.

Su concepto de la profesión, obviamente, tiene mucho que ver con su vida. Quienes le conocen más de cerca lo describen con un sentido incuestionable de la repentización, un tipo ilustrado, que no dramatiza, reflexivo, con un sentido cívico muy desarrollado y quien prefiere la soledad fructífera al bullicio — comenta Esperanza Sánchez— porque le gusta zambullirse en las ideas y en los libros, melómano, solidario, sociable pero no social, huye de toda celebración y cumpleaños feliz, feminista, divertido y serio, pese a ser vasco, incluso adusto a veces, pero con un sentido del humor muy arraigado.

Nunca entra en la vida privada de nadie. Es más: no consiente meterse en la suya propia. Riguroso en el trabajo, siempre intuyó qué es importante y qué no. Ha llevado escolta durante once años. Lola le ha visto sufrir por el horror provocado por ETA. Él mismo pudo ser víctima si el Ministerio del Interior no desarticula el comando Madrid que lo tenía en su punto de mira. No solo eso: le han pegado en la calle, insultado en restaurantes, le han pintado el coche y la casa de Menorca donde veranea y le han pinchado un coche con matrícula de Madrid en San Sebastián y otro con matrícula de San Sebastián en Madrid.

Tal vez por eso se muestra estoico en los momentos difíciles. Inamovible en sus principios, la mejor noticia que ha conocido es el fin del terrorismo. Y ha sobrevivido a su matrimonio con Lola pese a los horarios inflexibles de un niño que vivió pegado a la radio y después vivió más de media vida metido en la radio.

Iñaki siempre cuenta la anécdota. En los años de *Hoy por Hoy*, en que él se acostaba temprano y se levantaba a las cuatro de la mañana para estar en el estudio de radio a las seis, los amigos le decían: “Vente a cenar con nosotros y así conoces a tu mujer. Es encantadora”. Todavía hoy madruga, aunque sea para zambullirse en la playa. Pero ya cena con Lola.

Confío en haber transmitido de manera sintética pero fielmente algunos de sus principales méritos y aportaciones de nuestro aún doctorando a la sociedad en general y a la Universidad de Sevilla en particular, y sobre todo al mundo del periodismo y de la comunicación, un universo siempre necesitado de profesionales libres, honestos e independientes que sepan contar sin drama y con precisión cualquier acontecer por hosco o bronco que sea, siempre desde una segunda voz porque la primera, como diría Iñaki, es la vida.

Acepta también Iñaki este reconocimiento en nombre de toda una generación de hombres y mujeres de radio, su generación, que supo transformar aquella radio de abuelas y de chachas, de concursos y radionovelas, en un medio informativo comprometido con la sociedad, que supo enterrar con compromiso y riesgo una dictadura militar para que pudieran ser posibles los días de libertad y de democracia que hoy todos vivimos.

Por todo lo expuesto, pido al Señor Rector Magnífico que tenga a bien proceder a la Investidura del periodista Don José Ignacio Gabilondo Pujol como Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Sevilla.

Que así sea. Muchas gracias.